

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de venta de España y a todos los Corresponsales, los números que le falten para tener completas las colecciones de las publicaciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los números de las publicaciones de

La Novela Semanal Cinematográfica

Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 312

25 Cts.



LA
TELARAÑA

FOR
Clara Bow,
Wallace
Mac Donald, etc.

FilmoTeca
de Catalunya

ROSS, NAT

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 312



LA TELARAÑA

(TWO CAN PLAY, 1926)

Interesante comedia dramática, interpretada
por los célebres artistas

CLARA BOW, WALLACE MAC DONALD,
STUART HOLMES, TOM SANTSCHI, LY-
DIA KNOTT, ETC.

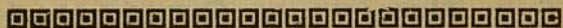
EXCLUSIVA DE

EDUARDO FIUS

Rambla de Cataluña, 44 - BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
FRANCIS MAC DONALD





LA TELARAÑA

Argumento de la película

En el hogar de los Armstrong, la vida tenía una quietud de remanso. Una sombra de tristeza, de dolor resignado, hacía interesante la figura de la viuda Marta Armstrong, el ángel tutelar de aquella casa de donde huyó hace tiempo la alegría ruidosa y casabelera.

Carlitos, un niño de doce años, era el hijo menor de la dama; en su vida serena de hombrecito, había ya una gran ambición: la de distinguirse en el ejército infantil de los "boy-scouts".

Era un chiquillo hermoso, pero de cuerpo débil y delicado como una flor. La parálisis de una pierna, causada por un golpe de su hermano mayor, en un instante de embriaguez, ponía un freno de seriedad prematura a la natural turbulencia de sus pocos años.

Roberto, el hermano mayor, buscaba afanosamente en el jardín de la vida las flores del placer. Muchacho listo, traficaba en negocios de bolsa, pero

falto de una gran voluntad, quería apurar de una vez todos los goces de la juventud y la riqueza.

Y la madre sentía cierto temor ante las salidas de su hijo casi todas las noches, de las que volvía al amanecer.

Esto y la cojera dolorosa del pequeño, que llevaba un aparato para volver la fuerza a la pierna quebrada, ponían en el alma de la señora Armstrong un velo de ligera melancolía.

Cierta tarde, Roberto llegó a su casa. A pesar de su vida de muchacho algo calavera, no olvidaba el culto al hogar y amaba a los suyos con un verdadero cariño de familia.

Abrazó a su madre y dijo al pequeño Carlos:

—¡Firmes!

El muchacho, que había aprendido anteriormente el ejercicio militar en la institución de los "boy-scouts", se cuadró rígido ante él.

—¡Bravo, bravo, Carlitos!—dijo Roberto.

Y agregó, mirando bondadosamente a su madre:

—Este valiente es el orgullo de la familia, mamá

¡Lo menos, lo menos, llegará a general!

Luego, enseñando un paquete, dijo:

—He traído algo para el mejor "boy-scout" que conozco...

Y puso en las manos de Carlitos un lindo reloj de pulsera. El pequeño se colgó a sus brazos.

—Roberto, muchas gracias... hermanito...

Carlitos, al salir de la habitación quiso correr, llevado de la alegría que le saltaba en el cuerpo, pero su pierna, falta de resistencia, se dobló y el niño vino al suelo.

Su madre y su hermano acudieron a levantarlo.

—¿Te has hecho daño, mi vida?

—¡Oh, no es nada!—dijo Carlitos con una expre-

sión de inteligencia en los ojos—. ¡Ha sido otra vez esta maldita alfombra!

Pero sabía que era su pierna rebelde... y lo callaba. Con un magnífico instinto, no quería ahondar la herida de su hermano mayor.

Carlitos desapareció y una sombra de preocupación se dibujó en la frente de Roberto.

—Cuando le veo tan débil, tan poquita cosa, me hace sufrir el remordimiento de haber sido yo el causante de su desgracia.

—Olvidalo, hijo, como él lo ha olvidado—respondió su madre con una sonrisa tierna—. No quisiste hacerle daño... fué la fatalidad. El se pondrá bien del todo...

—No puedo olvidarlo, mamá—dijo—. ¡Si yo no hubiese bebido aquel día!...

Era una espina que tenía clavada en el corazón. ¡Si él pudiese devolver a la pierna del hermano el movimiento de sus músculos! ¡Ay, aquel maldito día se había dejado llevar de un arrebato de furor, rechazando violentamente a su hermanito que pretendía acariciarle y la había tirado contra el suelo, con tan mala suerte, que le causó la fractura de una pierna!... Y aquel acto inconsciente había producido una parálisis que hacía andar cojo y lento al buen chiquillín.

Sonó el timbre del teléfono y Roberto se separó de su madre para acercarse al auricular.

Quien llamaba era Anita Merrill, una estrella del "music hall" Maxim's que contaba por docenas los pretendientes; pero ella, que en el fondo era una excelente muchacha, espantaba a los moscardones, para quedarse única y exclusivamente con el amor de Roberto Armstrong.

—¿Vendrás al Maxim's esta noche, Roberto? Deseo verte...

El muchacho palideció. Su madre estaba ante él e iba a descubrir sus relaciones amorosas con Anita. Intentando disimular para que la vieja nada sospe-



—No vengas muy tarde, Roberto...

chase, respondió como si se tratase de negocios de bolsa:

—Lo siento de veras, señor Jones, pero no puedo hacerle la menor rebaja sobre sus acciones...

Anita, que estaba en el camerino del Maxim's, escuchó con extrañeza aquellas palabras sin lógica.

—Oye tú, ¿no te equivocas?—le dijo—. Que yo no soy ninguna hija de banquero, ¿eh?

Roberto, sin inmutarse, respondió:

—Ahora mismo voy a su casa y le demostraré con números, querido señor Jones, que le cobro por ellas el precio mínimo.

Colgó el auricular lanzando un suspiro de alivio. ¡Si su madre llega a sorprender la entrevista!

—¿Quién era, hijo mío?

—El señor Jones, un cliente mío. Tengo que verle inmediatamente.

—¿Pero te vas sin cenar?

—Es cosa tan urgente que no puedo demorarla...

—No vengas muy tarde, Roberto, te lo ruego...

¡Ya sabes que estoy intranquila cuando estás de noche fuera de casa! ¡Y sales tanto!

—¡No tengo otro remedio, mamá! He de labrarme un porvenir—le dijo.

Y abrazándola tiernamente, salió de la casa, haciendo mover con alegría su bastón de junco...

**

El "music hall" Maxim's era un espléndido oasis de risas, danzas y luces en la vida nocturna de la ciudad.

Roberto iba con frecuencia a él atraído por los encantos de Anita Merrill, una criatura ideal, una joya de brillo puro entre las luces falsas de las otras artistas.

El muchacho se sentía seducido por su bondad y su belleza y casi todas las noches acudía a visitarla.

Aquel "music hall" era exteriormente un palacio de alegre luz, donde la vida sólo se admitía en su lado amable; pero entre bastidores, estaba el despacho de la empresa, la telaraña en cuyas redes sutiles iba quedando prisionero el incauto Roberto Armstrong.

Roberto en sus visitas al Maxim's había trabado relaciones y conocimientos peligrosos.

Algunas noches mientras Anita actuaba con otras artistas, Roberto era invitado a jugar a las cartas con ciertas personas que deseaban relacionarse con él.

El juego era una de sus pasiones favoritas; así es que no le fué difícil entregarse a su culto con toda el alma.

Sus compañeros de juego eran Tomás Canfield, el propietario del "music hall", quien ocultaba con tal tapadera su verdadera profesión de jugador de ventaja y caballero de industria, y Jorge Snead, el "regisseur", que secundaba, con mano maestra, todos los "negocios" de Canfield.

Anita no veía con buenos ojos la amistad entre Roberto y aquella gente. A ella le parecía que Roberto era otra clase de hombre, libre de las trabas y de las malas ideas, que eran patrimonio de los demás.

Aquella noche, Roberto llegó al Maxim's y habló largo rato con Anita, sintiéndose feliz por poder estar al lado de la mujer que adoraba. Pero más tarde llegaron Canfield y Snead y le invitaron a ir al despacho a jugar una partida con ellos.

Roberto no supo negarse y, despidiéndose hasta luego de su Anita, se dirigió con los dos hombres a jugar.

Perdió; no falló en él el refrán de "afortunado en amores"... Llevaba más de dos meses perdiendo como si su triunfo de amor sobre Anita le apartara de los favores del azar.

Entre copa y copa de alcohol pasóse la velada, y al finalizar Roberto había perdido algunos centenares de dólares.

El muchacho fué a extender un cheque y pidió

tinta para su estilográfica, vacía; pero Canfield le dijo mirándole con terrible sonrisa:

—No es tinta, precisamente, lo que usted necesita para su cheque...

El otro se le quedó mirándole con lividez.

—Sí, Armstrong, hablemos con cartas descubiertas—añadió Canfield—. Sus cheques son una estafa; no se pagan en el Banco, porque detrás de ellos no hay dinero.

Y le mostró un puñado de talones que había ido extendiendo Roberto desde el primer día que comenzaron a jugar.

El joven bajó la cabeza, anonadado. ¡Ah, la situación económica de su casa y de su negocio, era muy próspera, y aquellas deudas de juego que diariamente aumentaban, le habían obligado a extender cheques contra el Banco por cantidad muy superior a la que tenía en cuenta corriente...

—Es cierto—dijo el joven, excusándose—. Pero yo repondré pronto fondos y usted podrá cobrar todos los cheques.

—No. Sé que no tiene usted dinero. Pero puede usted pagar de otro modo... Esté usted en el muelle mañana por la tarde, a la llegada del "Lucerna" y cambie su bastón con el de Pedro Talbot a quien usted ya conoce... y que ha de desembarcar.

Pedro Talbot era un amigo de Canfield, un sujeto de escrúpulos nulos, que había jugado alguna vez con Roberto y que un día desapareció para marchar a Europa.

—¿Que cambie su bastón?—dijo, extrañado Roberto—. ¿Y puede saberse qué tiene de particular el bastón de Talbot?

—En su interior hay diamantes—le respondió—, deben llegar a nuestro poder sin que nadie se entere.

Y quedóse mirándole con ojos cortantes, agresivos, que no admitían réplica.

—Pero eso es un contrabando que está castigado por la ley—protestó el joven, encolerizado.

—¿Qué es preferible: hacer un poco de contrabando o falsificar cheques?

Y volvió a enseñarle los talones, una acusación implacable para Roberto.

—Hay aquí por valor de más de seis mil dólares. Piense que puedo entregarle a la policía...

El muchacho vaciló un instante. ¡Horrible situación! ¿Por qué cometió aquella ligereza de extender firmas que podían llevarle a presidio? Toda su existencia de honradez se rebeló contra el sombrío pensamiento de perder la libertad.

—¿Me promete usted devolverme mis cheques si hago lo que usted quiere?—preguntó con timidez.

—Sí, señor. Le doy mi palabra...

—Entonces, conformes...

—Pero no olvide su bastón que es esencial para el cambio. Mañana, a las ocho, nos reuniremos aquí...

Roberto se levantó y se dirigió al cuarto vecino en busca de Anita, mientras Canfield y Snead no podían ocultar su alegría por haber encontrado aquel nuevo cómplice de sus delitos.

—La policía nos conoce demasiado a todos nosotros—dijo Canfield—. Ese chico es el único que está fuera de toda sospecha...

Roberto, preocupado, se acercó a Anita que le miró con ojos melancólicos, tristes.

Tenía ella la sospecha de que algo se tramaba contra su novio en la habitación contigua, y sufría por la suerte del único hombre que amaba.

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?—le dijo ella, viendo

el rostro demacrado de su amigo que tenía bien marcadas en él las huellas del remordimiento.

El calló y, viéndole turbado, Anita siguió diciendo:

—Habrás estado jugando y bebiendo otra vez... y me prometiste que no volverías a hacerlo...

—¡Tú no sabes, Anita, tú no sabes!—respondió él, desesperado—. Hay situaciones en que uno no es dueño de sus actos...

—Dime todo lo que te pasa... ¿no tienes confianza en mí?

—Ante ti no puedo callarme nada, Anita. Voy a contarte...

Habían entrado en el cuarto Canfield y su amigo Snead. Roberto enmudeció de repente ante la presencia de aquellos hombres de los que era su prisionero. Y, despidiéndose de Anita y de ellos, fué a salir.

Canfield le advirtió sonriente:

—Cuidado con el bastón...

Roberto respondió con una mirada de rencor y salió de allí.

—¿No sabes tú qué es lo que Roberto te iba a contar?—le preguntó Canfield a la muchacha.

Ella le miró con repulsión. Sentía feroz antipatía hacia aquel empresario. Estaba deseando marcharse de allí...

—¡Sí, seguramente que es usted un tramposo con las cartas en la mano!—le respondió.

El se echó a reír.

—Pareces olvidar, pequeña, que fui yo quien te elevó a la categoría de estrella... y que cualquier muchacha de tu mundo se sentiría orgullosa de que yo me dignase dirigirle la palabra.

Entraron algunas bailarinas y Anita aprovechó el momento para separarse de su empresario,

Generalizóse la conversación con la frivolidad tan absurda, propia de estos centros de diversión a precio fijo.

Roberto regresó desolado a su hogar... Al contemplar los muros severos de su casa que le recordaban su infancia tan pura, sus primeros y hermosos



—Pareces olvidar, pequeña, que yo fui quien te elevó a la categoría de estrella...

años de adolescencia, sintió un inmenso deseo de llorar... Y ahora era un miserable, un estafador, un hombre que sería cómplice de un contrabando. Y el buen fondo de su corazón se rebelaba contra aquella tiranía.

Pasó la noche, sin poder conciliar el sueño. Se veía embargado por visiones de pesadilla y dolor,

por horribles fantasmas que parecían llenar la habitación con sus grotescas muecas...

**

A la mañana siguiente, en la Jefatura de Policía, uno de los comisarios mostraba al inspector Parker un telegrama que acababa de recibir de París.

"Talbot embarcó a bordo "Lucerna". Seguramente lleva diamantes robados.

"Detective Clayton."

—Es necesario detener a Talbot antes de que pueda entregar esos diamantes a sus cómplices. Tan pronto baje del buque, proceda usted a su detención — ordenó el jefe.

—No le perderé de vista, se lo aseguro—dijo el policía encargado de aquel interesante servicio.

Se dirigió rápidamente al muelle esperando la hora de la llegada del vapor. A media tarde, el majestuoso trasatlántico llegaba al puerto.

Pedro Talbot, el portador de los diamantes que tanto interesaban a Canfield, se hallaba sobre cubierta esperando el momento del desembarque. Había recibido un telegrama cifrado de Canfield comunicándole instrucciones. Debía cambiar su bastón con el de Roberto.

Acababa de realizar en París un importantísimo robo de diamantes que tenía que repartir con Canfield y Snead.

Roberto Armstrong paseaba nerviosamente por el muelle, apoyándose en su bastón.

¡Ah, si no fuera porque le tenían cogido, porque él había cometido aquella imprudencia estúpida! ¡Cuán

lejos estaría de allí, llevándose consigo a Anita, la mujer a la que amaba con toda su alma!

Ignoraba que aquellos diamantes fuesen robados; pensaba más bien en el contrabando para evitar derechos aduaneros; pero así y todo, sabía que cometía una acción ilegal. Y su terror aumentaba al ver avanzar la gigantesca mole del buque "Lucerna".

Jorge Snead vigilaba también. Reconoció a Parker, el oficial de policía, y sonrió irónicamente. ¡Ah, diablo! La justicia estaba sobre aviso, pero ellos la burlarían del todo.

El buque fondeó y se tendió la palanca. Comenzaron a descender los pasajeros y entre ellos Pedro Talbot, vestido elegantemente, llevando un bastón colgado del brazo.

Talbot bajó al muelle y sus ojos miraron avisores hasta ver a Roberto Armstrong, que parecía esperarle no lejos de allí, con su ligero bastón. Talbot, decidido, tomó la dirección del joven.

Parker acababa de descubrir a Talbot y al ir a su encuentro Jorge Snead se puso ante él, privándole el paso, y diciéndole amablemente:

—¿Me hace el favor de una cerilla, Parker?

El inspector conocía a Snead: era un pájaro de cuenta. Le entregó el fósforo y continuó su marcha en persecución de Talbot que caminaba con toda rapidez.

Snead sonrió alegremente... Acababa de tomarle el pelo hasta la raíz.

Mientras Snead se hallaba ante el inspector pidiéndole lumbre para su cigarro, Talbot se había acercado a Roberto y, sin mediar palabra, trocó su bastón por el que el joven llevaba, prosiguiendo luego con toda tranquilidad su camino. La escena fué tan rápida, tan disimulada, que nadie la notó...

Parker se dirigió en pos de Talbot y, en el instante en que éste iba a subir a un taxi, le dió un golpecito en el hombro.

—¡Hola, Talbot! Me alegro de que sea yo la primera persona que te encuentras al llegar a Nueva York. Supongo que debes llevar los diamantes.

Talbot, sonriente, tranquilo como el hombre que vive alejado por completo de la maldad, dijo:

—Esta vez creo que os equivocáis, Parker...

—Por lo que pudiera ser, ven conmigo a la Jefatura de Policía. Allí el comisario te arreglará las cuentas.

Subieron en el taxi que partió velozmente hacia la Jefatura... Talbot tenía una sonrisa de hombre satisfecho. ¡Si llega a entretenerse sólo un momento, le cazan con los diamantes!

Roberto, apretando entre sus manos el bastón en el que iban ocultas las piedras preciosas, marchó directamente a su casa.

Ocultó el bastón bajo los cojines de un sofá y se dirigió al comedor donde le aguardaban impacientes su madre y su hermano Carlitos.

La mesa estaba ya puesta y sobre ella la clásica y tradicional torta de cumpleaños.

Viendo aquel cuadro de hogar, Roberto se enterneció, haciéndole más dolorosa su actual situación. Con una sonrisa de melancolía, dijo:

—Carlitos, siento de veras no acompañarte a tu cena de cumpleaños, pero a las ocho tengo que resolver un asunto muy importante.

—¡Qué lástima—dijo Carlitos—; yo que esperaba que te quedarías con nosotros!...

—Los malditos negocios me roban todo el tiempo. Pero os prometo que pronto cesará mi trabajo...

La madre le miró afligida con ojos en los que

brillaban la duda y el temor. ¿Qué hacía su hijo tanto tiempo fuera de casa?

El se despidió brevemente de los suyos, deseoso de terminar aquella dolorosa entrevista. ¡Si supieran, si supieran! ¡Únicamente el amor de Anita brillaba en su alma en aquel eclipse de todo! Pero, no se atrevía a hablar de ella a su madre, considerando que ésta rechazaría, enfurecida, a una estrella de Maxim's.

Roberto, llevando en su mano aquel bastón que era sagrado para él, corrió a Maxim's.

Canfield y Snead aguardaban ya a su cómplice.

Entretanto habían hecho ensayar unos pasos de baile a las danzarinas y el dueño manifestó su descontento:

—Me parece que voy a tener que despedir a todo el mundo—dijo.

—Cuando usted se decida a hacerlo, puede empezar por mí y me hará un favor—respondió Anita, tranquilamente.

—¡Qué geniecito tienes, mujer! Necesitas una domadora... y la tendrás.

—Pues yo estoy harta de este teatro y de usted. La de hoy es mi última representación, Canfield. Su amiguita, Josefina Larson—dijo señalando a una compañera—, puede sustituirme y el público no me echará de menos...

—Serás complacida, mujer... Te lo aseguro...

Canfield, a quien le interesaban en aquel momento cosas más importantes que el hecho de que se marchara o no Anita, salió de allí dirigiéndose a su despacho.

Snead quedó mirando apasionadamente a Anita. Le gustaba esta mujer a la que hubiera querido hacer suya.

—¿Pero es de veras que termina usted esta noche su actuación?—le dijo.

—Sí, señor. Yo no aguanto más el carácter de Canfield.

—Tal vez tenga usted razón. Siempre he creído



—*La de hoy, es mi última representación, Canfield.*

que era usted demasiado buena artista para ser apreciada por un hombre como Canfield.

Ella se echó a reír.

—¿Y si yo le dijese a usted que conmigo encontraría esta protección, este interés por sus cosas que Canfield no le concede?—agregó Snead, con voz ardorosa.

—No me hable así, se lo ruego. Ya no soy libre...

—Eso no me asusta. Me gustaría que usted me encaneciera con su cariño... ¡La quiero tanto!

Canfield había aparecido de nuevo y escuchó las últimas palabras de su cómplice.

—Cuando termines esa importante ocupación, querido Snead, recuerda que tenemos que hablar de negocios—le dijo, cruzándose de brazos y sonriendo.

Snead le lanzó una mirada de rencor y, despidiéndose de Anita, le siguió al despacho.

Los dos hombres aguardaron impacientes la llegada de Roberto. Este no se hizo esperar, entrando pálido y tembloroso en la estancia.

Anita le había visto ir al despacho, y angustiada corrió a su camerino, situado junto al despacho de Canfield. ¿Qué tramarian aquellos hombres en su entrevista? El día anterior había encontrado a Roberto preocupadísimo, con deseos de confesarle algo... ¡Ah, aquel Canfield! Escuchó con atención tras la puerta a la que llegaban algunos rumores de palabras, pero cuyo sentido no entendió.

Canfield había ido al encuentro de Roberto y le decía:

—¡Hola, simpático colaborador! Ya sé que todo ha ido perfectamente.

El, sin decirle nada, le entregó el bastón que Canfield se apresuró a desenroscar y en cuyo hueco había unas docenas de luminosas piedrecitas.

—¡Admirable! ¡Te has portado como un hombre!

Alguien llamó a la puerta: era Talbot quien avanzó sonriente hacia sus amigos:

—De buena me he librado, amigos. He pasado un interminable rato en la Jefatura de Policía, palabra... pero, naturalmente, no han podido encontrarme nada.

—No hay como nosotros para preparar buenos

golpes, ¿no? Y ahora, aquí tiene usted sus cheques, Roberto. No dirá usted que no cumplo lo prometido—dijo Canfield.

Roberto cogió los cheques y los contó, lanzando un suspiro de dicha. Estaba libre... Ahora escaparía de allí, le diría a Anita que abandonase el teatro y se casaría con ella... ¡Era tan buena aquella



—...aquí tiene usted sus cheques, Roberto...

chiquilla! ¡Su madre tendría que aceptarla a la fuerza.

Entretanto, Canfield daba a Talbot una parte de los diamantes, y dejó los otros sobre la mesa.

—Oye, Canfield — gritó Snead —, ¿y mis diamantes?

Su cómplice le miró envolviéndole en una sonrisa despectiva.

—Tu parte es el permiso mío para hacerle el amor a Anita. ¿Te parece poco?—le dijo.

—¡Canalla! Me darás lo que me corresponde si no quieres que...

Y le amenazó con el puño levantado.

—¡Basta!—rugió Canfield—. ¡No tolero que me levante la voz un hombre al que doy de comer!

—¡Bandido, ladrón!

Y Snead hundió la fuerte maza de su puño en el cuello de Canfield, derribándolo contra el mármol de la chimenea.

Talbot y Roberto le miraban aterrados y Anita, desde su escondite, tembló. ¿Qué ocurría allí? ¿Qué rumor de lucha era aquel?

Canfield continuaba inmóvil, en el suelo.

—¡Levántate!—bramó Snead—. ¡Esto no ha sido más que el aperitivo!

Pero el otro no se movió.

Talbot dijo, horrorizado:

—¡No se mueve! ¡Se ha debido hacer daño en la nuca!

Roberto se inclinó, contempló a Canfield y se levantó con una mueca de terror.

—¡Está muerto! — dijo—. ¡Usted lo ha matado!

—¿Muerto? — repitió Snead, con los ojos dilatados por el asombro.

Se acercó y retrocedió al ver aquella mirada vidriosa, agonizante, clavada en él como un símbolo de acusación.

La idea de que le acusaran del crimen, le hizo castañear de dientes, y lanzando una mirada de horror, saltó rápidamente por una ventana.

Talbot y Roberto, sin decirse nada, quedaron contemplando el cadáver...

Entretanto la pista de los diamantes había llevado

a la policía a aquellos sospechosos pasillos de Maxim's.

Anita, que sospechaba había ocurrido allí dentro algo muy grave a juzgar por las violentas exclamaciones y después el repentino silencio, salió al corredor y vió a una legión de policías que invadía todas las habitaciones.



—¡Levántate! ¡Esto no ha sido más que el apé-
ritivo!

Lívida de miedo, temiendo por su amigo, llamó a la puerta del despacho de Canfield.

—¡Roberto! ¡Está aquí la policía! — exclamó.

Talbot, al escuchar aquellas palabras, optó por huir, pero viendo los diamantes que estaban sobre la mesa, discretamente puso un pañuelo sobre ellos y se los guardó en el bolsillo. Y luego salió por la ven-

tana que tenía una escalera que conducía a la calle.

Talbot pudo huir sin ser visto de la policía, lo que no le había ocurrido antes a Snead a quien unos guardias le registraron por si llevaba los diamantes en su poder.

—Yo no tengo los diamantes — rugió Snead—. Seguramente están arriba...

Y como todavía no se había descubierto el crimen, le dejaron en libertad.

Roberto, aterrorizado ante el cadáver, pretendió también escapar.

Pero como Anita siguiese golpeando la puerta, la abrió y la muchacha penetró en la habitación.

Al ver el cadáver retrocedió, asombrada, mirando con ojos de dolor a Roberto. ¡El, un asesino!

Pero no podía perderse tiempo. La policía forcejeaba la puerta del despacho, y Anita, empujando a Roberto, le obligó a entrar en su camerino, escondiéndole tras unos cortinajes.

—No te muevas...

Puso ante las cortinas un gran espejo.

La policía, al mando de Parker, invadió la estancia con el deseo de encontrar alguna pista de los diamantes robados. Un hombre estaba caído al suelo con la nuca destrozada.

—¡Un crimen! — dijo Parker, sorprendido—. ¡Canfield ha sido asesinado!

El inspector veía en todo aquel tenebroso asunto un misterio horrible. ¡Canfield muerto! ¡Qué secreto encerraba este trágico fin!

Examinó el cadáver. ¿Quién había podido dar muerte a ese hombre peligroso, jefe de una bien organizada banda de estafadores, sin duda, pero que sabía ocultar sus delitos bajo su profesión de em-
presario?

Preocupado, comenzó a investigar por todas las habitaciones en busca de un indicio, de algo que le diera una luz en el misterio. Llegó al camerino de Anita y examinó con atención aquel cuarto perfumado.

Anita, pálida y tranquila, le dijo con ademán de despreocupación, pero agitada interiormente por un miedo cervical:

—¿Por qué está usted perdiendo el tiempo aquí en vez de perseguir al asesino? ¿Es que le tiene miedo? Aquí no encontrará usted nada...

El inspector, indiferente, lanzó una mirada distraída por el cuarto y sin poder sospechar que allí pudiera ocultarse el agresor, marchó, preocupado.

Anita hizo salir a Roberto de su escondite.

—¡Cuánto he sufrido, Dios mío! — le dijo—. Pero, ¿cómo ha sido esto? ¡Qué locura!

—Anita, Anita — sollozó el pobre joven que se veía hundido cada vez más en la sima trágica de la fatalidad—; yo soy inocente, te lo juro... ¿Has podido tú pensar que yo fuera capaz de cometer un asesinato?

—No... Roberto...

—Ha sido Snead... le pegó a Canfield. Un accidente... él tropezó con el mármol. Anita, si yo te hubiera hecho caso, apartándome de toda esa gente...

—¡Roberto mío! Huye... es menester huir...

Le besó suavemente, mezclando sus besos con lágrimas de cariño...

La policía había abandonado el music-hall, luego de ser transportado al depósito el cuerpo de Canfield, y Roberto, adoptando innumerables precauciones, pudo verse libre, en la calle.

Ya en ella respiró, corriendo velozmente hacia su hogar... Sentía en toda su alma una sensación de vacío.

Al llegar a su casa, se dejó caer en un sillón... Estaba medio muerto... Las cosas iban complicándose cada vez más y veía en lontananza el terror del presidio. ¡El, un hombre honrado!

Toda la casa estaba en silencio; deberían dormir...

Y con las manos sobre el rostro, el pobre muchacho pensó en su buena madre, en su hermanito del alma... en Anita, en todos los seres que formaban los amores de su corazón.

El timbre del teléfono resonó en el silencio de la estancia como un presagio mortal.

Roberto se estremeció y corrió hacia el auricular. Sus ojos se dilataron por el espanto al escuchar una voz.

—Soy yo... Snead... Es seguro que usted se ha quedado con los diamantes, pues sé que no los han encontrado sobre el cadáver. ¡Vengo ahora mismo por ellos!

Un espanto terrible dejó paralizado a Roberto.

—No, no, Snead; no venga aquí — gimió—. ¡Le juro que yo no los tengo!

—Voy al momento y ya me dirá usted lo contrario — respondió la voz.

Roberto dejó el teléfono y anduvo unos pasos tambaleándose, pareciéndole que iba a morir.

Se miró a un espejo y se horrorizó al ver su semblante desmejorado, amarillo como la cera.

—¡Dios mío, Dios mío! ¿Cómo salir de esta telaraña? — suspiró.

¿Qué diría su madre, su buena y santa madre, pura como el lirio de los valles, al ver su casa invadida por un asesino, por un hombre vil que le exigía algo imposible? Era una profanación del santuario de su hogar, algo que le iba a hacer caer la cara de vergüenza.

—¡Pobre mamá, cuando sepa que yo, yo, estoy metido en estos negocios de ladrones!

Y así estuvo un rato hasta que en el silencio de la noche escuchó pasos que se detenían ante la casa.

Sospechando que fuese aquel miserable, abrió la puerta y vió efectivamente, a Snead cruzado de brazos, con un ademán implacable de decisión.



—¿Cómo salir de esta telaraña?

Entraron al recibidor.

—No puedo detenerme, porque la policía sigue mi pista — dijo Snead—. ¡Déme esos diamantes en seguida! Talbot me ha dicho que él no los tiene y estoy convencido de que los ha robado usted. En el cuarto de Canfield no estaban... Me lo ha comunicado una corista.

—Le prometo a usted que yo no los tengo — dijo Roberto, desesperado—. ¡Se lo juro!

—¡Miente usted! — gritó—. ¡Vengan los diamantes!

—No grite, canalla...

—¡Déme las piedras, ladrón!

Horrorizado, con el miedo de que su madre despertase, Roberto empujó fuera de la casa a Snead y los dos comenzaron a discutir con violencia ante la puerta.

Desde su habitación, Carlitos, que se dedicaba a la lectura antes de acostarse, creyó percibir ruido, y bajó lentamente.

La puerta estaba abierta y un espectáculo inolvidable se presentó de pronto ante sus ojos, viendo a dos hombres que luchaban a la luz de la luna. Reconoció en uno de ellos a Roberto.

—Los diamantes ¡ladrón! — rugía Snead—. ¡Usted, usted los habrá robado...!

—¡Calla, asesino, calla!

La lucha proseguía feroz, implacable entre los dos hombres. No había en aquel combate piedad para el vencido; era una guerra de fieras, un duelo a muerte...

De pronto, Snead empuñó un revólver y el arma brilló a la luz lunar.

—Los diamantes — rugió el miserable.

La pelea continuó feroz hasta que Roberto logró arrebatarse el arma y en la lucha tuvo que disparar para defenderse, hiriendo mortalmente a Snead.

El ruido del disparo atrajo gente, y mientras unos acudían en auxilio de Snead, otros detenían a Roberto, cuyos ojos miraban extraviados.

Snead, sintiéndose morir, quiso vengarse aún de

Roberto y le señaló, pronunciando dificultosamente estas palabras:

—Ese hombre... es quien me ha disparado... él tiene... los diamantes.

No dijo más. Torció la boca y quedó muerto.

Unos policías procedieron a llevarse preso a Roberto quien, lívido, vió a su hermano Carlitos ante la puerta que estaba llorando... ¡El niño allí!

El desdichado le miró con una mirada de amor, de imploración, y luego subió a un coche con unos policías... El dogal se había cerrado para él. ¡Adiós, Carlitos; adiós, pobre mamá!...

El pobrecito niño, al verle desaparecer, corrió frenético hacia el cuarto de su madre.

La buena señora dormía plácidamente, sin haberse enterado del gravísimo suceso.

—¡Mamá, mamá! — gimió el niño, tirando de las sábanas.

La señora Armstrong despertó sobresaltada.

—¿Qué te pasa, Carlitos? ¿No te encuentras bien?

—Oh, mamá, una cosa horrible! ¡Roberto ha matado a un hombre!

—¡Jesús mío!... ¡Oh, tú estás loco, loco!... ¡Roberto!

Levantóse temblando todo su cuerpo como el azogue, acometido de una fiebre repentina y nerviosa.

—¡Roberto, Roberto! — gritó, llena de terror.

Corrió a su habitación para convencerse de que Carlitos se equivocaba... de que su hijo había vuelto ya y dormía tranquilo y feliz.

Pero el lecho estaba vacío, intacto...

—Está preso, mamá... En la calle mató a un hombre... lo detuvieron...

La madre se lanzó sobre la cama de su hijo con un ademán de fiera acorralada...

—¡Hijo de mis entrañas! ¿Dónde estás, mi Roberto... dónde estás?

**

Pedro Talbot se había entrevistado en una taberna, unas horas después del crimen con su socio, diciéndole que él no poseía los diamantes, ni conocía su paradero. Snead, que tenía puesta gran confianza en Talbot, creyó sus palabras y por ello fué a reclamar a Roberto las valiosas piedras, sin otro resultado que el de encontrar allí la muerte.

Con los diamantes en su poder y libre ya de su cómplice, Talbot estaba dispuesto a emprender un nuevo viaje por el Océano.

Al día siguiente de aquellos acontecimientos, rodaba Talbot por el muelle, cuando oyó decir a dos marineros que su velero iba a zarpar a fin de aprovechar la subida de la marea...

Les siguió y sin que los otros se dieran cuenta saltó al velero y se escondió en la bodega.

Aquella misma tarde la embarcación hizo rumbo al mar y Pedro se dijo que desembarcaría en tierra lejana donde podía vender los diamantes y vivir como un verdadero príncipe.

Pasó la noche en la bodega y a la siguiente mañana, al despertar, notó una extraña sensación por su pierna.

Miró y lanzó un grito de terror al ver que una enorme rata mordía sus extremidades.

El capitán y unos marineros que se hallaban en la bodega, atraídos por el grito, fueron en su busca y lo detuvieron.

—¡Caramba! ¿Qué hace usted aquí? Usted debe estar huyendo de la justicia, ¿no es cierto? ¡A ver, registradle!...

Talbot se excusó asegurando que se había quedado allí dormido por equivocación. Pero al encontrarle los diamantes, ya el capitán no tuvo duda de qué clase de sujeto era aquel intruso.

Se guardó los diamantes en el bolsillo y le miró con explosión de ira.

—Usted es un ladrón o poco menos — rugió—. Trabajaré usted para pagarse el pasaje, porque los diamantes serán entregados a la policía. Nos quedan algunas semanas de travesía; de modo que tiene usted tiempo de acostumbrarse.

Talbot protestaba enérgicamente.

—Eso es un atropello. No hay derecho, no hay derecho... yo soy un hombre digno.

Pero las órdenes del capitán pronto le hicieron enmudecer. ¡A fregar la cubierta, demonio!

Y el elegante Talbot tuvo que convertirse, por la fuerza de las circunstancias, en el último hombre de la marinería... ¡y sin diamantes! ¿Habría hombre más desgraciado? ¡Tanto esfuerzo para nada!

Entretanto Roberto había sido encerrado en la cárcel.

Pasaron las semanas y los meses, y al fin, Roberto se halló en vísperas de presentarse ante el Tribunal.

El muchacho aseguraba ser inocente del robo de los diamantes y no haber disparado contra Snead. Tenía miedo, le acobardaba el presidio y negaba siempre...

Su madre, ya más calmada, convencida de la inocencia de su hijo, tenía confianza plena en que respaldaría su inculpabilidad. Las tardes iba a verle en la cárcel, acompañada de Carlitos.

Algunos días se había encontrado con Anita, de la que Roberto le había hablado en la prisión, confesándole el amor que por ella sentía.

Y la señora Armstrong, a pesar de sus prevenciones contra aquella gente del tablado, habló varias veces con Anita y pudo conocer el inmenso cariño que la joven sentía por su hijo... ¡Era buena aquella mujercita que lloraba de verdad!

Una tarde, la madre y Carlitos fueron a visitar a Roberto. El niño se había quitado ya el aparato que sujetaba su pierna y andaba con toda normalidad y perfección.

—Voy a proporcionar una alegría a mi hermano — dijo Carlitos.

Y cuando estuvo ante él, Roberto se sintió lleno de infinito contento, al ver el restablecimiento del hermanito.

—¡Qué alegría me das! ¡Ya estás bien; ya tengo una culpa menos sobre mí! — murmuraba.

Al día siguiente se celebró la causa. Acudió numeroso público, la señora Armstrong, Carlitos y Anita, entre otros.

Roberto aparecía ahora dolorosamente abatido.

—Tranquílicese — le decía su defensor—. No podrán declararle culpable por falta absoluta de pruebas.

Un testigo que había llegado al lugar del crimen cuando Snead caía al suelo, declaró y dijo:

—Sí, alguien presenció el crimen; ese niño — y señaló a Carlitos—, estaba a la puerta de la casa. Yo le ví...

—Ese niño no puede declarar como testigo; es demasiado joven — protestó el defensor.

Pero el fiscal dijo:

—Yo, por el contrario, creo que este jovencito tiene edad suficiente para darse cuenta del valor de un juramento.

El presidente dispuso que Carlitos pasara a de-

clarar. El niño, pálido y grave, después de abrazar a su madre, se presentó ante el magistrado.

Roberto le miraba horrorizado. ¡Hermanito, hermanito, por piedad! También la señora Armstrong sollozaba en un rincón. ¿Qué dirá el pequeño? Y Anita lloraba también, emocionada...

—¿Sabe usted lo que significa un juramento, joven? — le preguntó el fiscal.

—¡Oh, sí señor! Yo presté juramento cuando fui alistado en el ejército de "boy-scouts" — contestó Carlitos.

—Pues bien, ahora jurará usted decir la verdad.

Le hizo poner la mano sobre la Biblia y el niño pronunció la fórmula de ritual con voz débil.

—¿Le ligan a usted lazos de parentesco con el acusado? — preguntó el fiscal.

—Sí, señor... es mi hermano — dijo el niño.

Una sonrisa se pintó en el rostro del fiscal.

—La noche del crimen, usted siguió a su hermano hasta la puerta, ¿no es verdad?

El pequeño calló, comprendiendo que de sus palabras dependía o no, la libertad de Roberto. ¡Ah, la emoción del pobre niño! El había visto disparar a su hermano contra el pecho de Snead..., pero, jamás lo diría. ¡Roberto lo había negado siempre!...

—Diga usted al tribunal lo que vió aquella noche — gritó el presidente—. Diga toda la verdad, acuérdesse que ha jurado decirla.

El pequeño vaciló, sintiendo que se desgarraba su alma. En su corazón el culto a la verdad tenía un altar de oro. ¡Y él habría de mentir, traicionando su juramento ante la Biblia!

Oh, Dios mío, ¿qué hacer? Miró a su madre que seguía llorando... Las lágrimas asomaron también a

los ojos del niño. Pero en aquel instante, Robertó se alzó, enérgico, nervioso...

—No, señor presidente — gritó—. ¡Yo no quiero que mi hermano lleve toda la vida sobre su conciencia el remordimiento de haberme mandado a presidio! Me declaro culpable del asesinato de Jorge Snead. Obré en legítima defensa, pero yo no he robado las joyas, no, no. Snead supuso que yo las tenía y me las quiso arrebatar. Y yo tuve que matarle.

Pero en aquellos mismos instantes, Pedro Talbot había terminado en la Jefatura de Policía su excursión marítima y estaba dispuesto a contestar a todas las preguntas.

El capitán del velero había hecho entrega de los diamantes a la policía, con lo que quedaba desvanecida una de las pruebas contra Roberto.

—Snead era un mal bicho — dijo Talbot—, y como creía que Roberto tenía los diamantes, seguramente intentó matarlo, como mató a Canfield... Yo no presencié la riña, pero me atrevería a jurar que Roberto obró en legítima defensa...

Parker se levantó y dijo:

—Creo que este hombre dice la verdad. Voy a explicarle los hechos al presidente y espero obtener la absolución del reo...

Corrió hacia el tribunal y cuando éste iba ya a reunirse para dictar sentencia, la declaración prestada por Talbot, que concidía con las palabras de Roberto, hizo que el fallo fuera absolutorio. Y comprobada, pues, que había sido en legítima defensa aquella muerte y resultando que tampoco era autor de la sustracción de los diamantes, Roberto fué puesto en libertad...

¡Ah, el abrazo estrecho que dió a su madre, a Carlitos, sér inocente, que había luchado heroica-

mente entre dos deberes, a Anita, la mujer que él adoraba con la pasión del primer amor!

Al recobrar su libertad, le pareció al joven que se habían roto para siempre los hilos de la telaraña...

Y pasaron unos días. En su casa volvió a reinar una reposada felicidad, con una sombra aún de tristeza por los acontecimientos pasados. Pero Roberto se propuso ser en lo sucesivo otro hombre, un elemento honrado y trabajador...

Y algún tiempo después, se casaba con Anita que, abandonando también, para siempre, su vida en el Máxim's, se disponía a entregarse por entero al hombre que amaba sobre todas las cosas. La señora Armstrong dió su consentimiento para la boda, adivinando que hacía con ello la felicidad de su hijo.

Y la vida les sonrió a los novios en lo futuro con todo esplendor, haciéndoles olvidar los malos tiempos...

F I N

Próximo número:

La grandiosa producción nacional

EL MÉDICO A PALOS

por JAVIER RIVERA, ERNA BECKER,
FAUSTINO BRETANO, CARMEN RICO, &

Postal-fotografía regalo: GRETA GARBO

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA sale todos los
miércoles. — Precio: 25 céntimos.

¡ SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS !